

HE pasado frente a una cartelera; me he detenido; he leído un cartel. No, no; no está aquí lo que yo busco. En la próxima vez, seguramente que sí estará. Han pasado seis, ocho días. De nuevo paso ante una valla, en que hay colocados varios carteles; uno de ellos—en papel amarillo—hace que me detenga un momento; voy leyendo una larga lista que figura en él; no está tampoco lo que yo esperaba encontrar; en los periódicos, ocho días más tarde, tampoco encuentro ese nombre que busco, en la gacetilla de un espectáculo. Y pasa un mes; el cartel amarillo vuelve a aparecer en las vallas, en las carteleras; seguramente que ahora sí que voy a dar con este nombre tan ansiado para mí. Sí, no puede faltar; antes había sido un olvido el no ponerle; además, es preciso poner otros nombres; siempre no podrá figurar el que yo busco. Pero ahora es tiempo ya; es tiempo después de tantas semanas, de tantos meses de ausencia. Y tampoco ahora figura ese nombre; la contrariedad en mí se convierte en una sorda irritación. ¿Es que no merece este nombre figurar entre los demás nombres que aparecen en esos carteles? En las listas de nombres hay algunos ilustres; otros son sencillamente estimables; algunos responden a una obra mediocre, mala. ¿Por qué el nombre que yo busco no ha sido incluido en ninguna de esas listas? Acaso sea sólo casualidad la tal omisión; espere-mos un poco; tengamos paciencia; el nombre ansiado acabará por surgir en los carteles.

Y pasan meses, años, y el nombre no surge. ¡Pobrecito nombre! Pobrecitas la realidad poética, sentimental, trágica que corresponde a ese nombre! Durante muchos, muchos años, ese nombre no ha podido figurar en las antologías de poetas; durante muchos, muchos años, los historiadores de literatura española han pasado ligeramente sobre ese nombre. Se formaba una colección escogida de poesías; figuraban en esos volúmenes poetas ilustres, excelentes, aceptables, mediocres; el nombre de este poeta era siempre olvidado. El olvido era irritante: la injusticia que se cometía con tal silencio era absurda y ridícula. Si en esas antologías figuraban tantos poetas vulgares, ¿de qué

Su sonrisa triste

Evocación

— De ABC Madrid —



Rosalía de Castro

modo no dar entrada en ellas a un verdadero, exquisito poeta? Y podía pasar la omisión, podían ser disculpadas las colecciones ordenadas por gente ignorante de nuestro Parnaso. Pero, ¿y en eruditos tan excepcionales como Méndez Pelayo? ¿Y en hombres de gusto tan delicado, fino, como este querido maestro, que hacía años, muchos años, que citaba y elogiaba obras tan desconocidas del gran público—y de tan subido valor poético—como *El Centauro*, de Mauricio de Guerin.

Y los esfuerzos, la insistencia, la reiteración en la advertencia, la perseverancia en la protesta de un escritor, hicieron que, al fin, en una antología, una antología de poetas, figurara este magnífico poeta. No estaba esa

colección publicada en España; se publicaba en Inglaterra, en Oxford; pero, al cabo, el triunfo era evidente; la injusticia se hallaba reparada; por primera vez, Rosalía de Castro, la grande y querida Rosalía—tan grande y querida como Marcelina Desbordes-Valmore, entraba en las antologías de poetas españoles.

Y al correr del tiempo, otra vez el olvido y la injusticia tornan a rondar el nombre de Rosalía. No he visto ese nombre entre los poetas que suelen formar los programas de las gentiles recitadoras de poesías. Figuran en esos programas poetas ilustres; otros que no lo son tanto; otros que son—¡ay!—reconocidamente mediocres. Y nunca de los limbos de lo preté-

Azorín

rito surge y avanza en la escena la cara triste, con sus ojos anchos, expresivos, con su boca grande, boca que sonríe y llora a la vez, de Rosalía de Castro. Y que ahora, en este minuto, al escribir estas líneas, veo al gran poeta, allá entre las nieblas de su tierra nativa, en el silencio profundo de la campiña, en una ventana, desde la que se divisa un reducido cementerio que se extiende bajo un cielo ceniciento, plomizo.

¿Acabará por entrar Rosalía de Castro en los programas de recitaciones poéticas? ¿Ha entrado ya, y yo padezco en este momento una alucinación? Y si entrara, alguna vez, en esos programas, ¿tendría yo el valor de asistir a alguno de esos festivales de la poesía? ¡El valor! Sí, el valor. ¡Qué cosa tan fina, tan sutil, tan quebradiza es la poesía lírica! Se nos asemeja un transparente y delgadísimo vidrio de Venecia. Cada poesía tiene su ritmo peculiar; no el ritmo de la medida externa, sino otro interior, escondido. Y ese ritmo lo va percibiendo el lector a medida que va leyendo, allá en lo más hondo de su espíritu. Si leyéramos en voz alta esa bella poesía lírica, ese ritmo no podría ser percibido; el ruido y la inflexibilidad de las palabras, estorbarían al ser recitado. Con palabras dichas, pronunciadas, no podríamos percibir ese ritmo. Necesitamos el silencio; es indispensable la paz, el sosiego, la inmovilidad, para que ese ritmo se produzca y gocemos de él con profunda voluptuosidad. ¿Cómo acordar ese ritmo de la poesía lírica, de tal o cual poeta; ese ritmo que creamos nosotros, que es tanto nuestro como del poeta, con el ritmo que de ese mismo poeta va a darnos—con arte maravilloso, sí—una recitadora? Forzosamente habrá una disparidad entre nuestro ritmo y el que se nos ofrezca en la recitación.

Tal vez Rosalía de Castro se halla bien—en cuanto a las recitaciones públicas—en los limbos del olvido y de la preterición. Y acaso veamos mejor lejos del ruido de las voces, del clamor de los aplausos, su sonrisa melancólica, la sonrisa triste—triste y bondadosa—de su ancha y expresiva boca.

coronada de gloria. Está viva todavía, por las Antillas, la estela del paso de Martí... y cuán pocos son los que dejan estela!

Comienzan los editores la publicidad de las obras de Martí con el tomo que corresponde a los versos. Con motivo del reciente Congreso Panamericano y la inauguración del monumento a Martí que durante él se verificó, dichos versos resultan de una curiosa, casi misteriosa oportunidad. Son versos de genio que no es posible pasar en silencio; pero por el momento y

antes de ocuparnos de ellos, es menester repetir lo que el propio Martí dijo de ellos, a saber:

«Mis amigos saben cómo me salieron estos versos del corazón. Fue aquel invierno de angustia, en que por ignorancia, o por fe fanática, o por miedo, o por cortesía, se reunieron en Washington, bajo el águila temible, los pueblos hispanoamericanos. ¿Cuál de nosotros ha olvidado aquel escudo en que

el águila de Monterrey y de Chapultepec, el águila de López y de Walker, apretaba en sus garras los pabellones todos de la América? Y la agonía en que viví, hasta que pude confirmar la cautela y el brío de nuestros pueblos; y el horror y vergüenza en que me tuvo el temor legítimo de que pudiésemos los cubanos, con manos parricidas, ayudar al plan insensato de apartar a Cuba, para bien único de un nuevo amo disimulado, de

la patria que la reclama y en ella se completa, de la patria hispanoamericana, me quitaron las fuerzas mermadas por dolores injustos...»

La mano tiembla al copiar estas dolorosas profecías; así temblará el alma entera a medida que sigamos la lectura de los *Versos Sencillos* del maestro cubano. Ellos son la estructura apenas pulimentada de un pensamiento que el mismo poeta define como espada hecha de luz de estrellas.

José Vasconcelos